

Señal de duelo

*En la ciudad de Ubaté, rodeada por el amor y el dolor de los suyos y asistida por los consue-
los de nuestra religión, entregó su alma a Dios,
a quien amara y sirviera en el curso de una her-
mosa y pura existencia, la señora doña Ana Pi-
nilla de Murcia. Dama de clarísimas virtudes
cristianas, espíritu selecto y admirable, corazón
generoso y bondadoso, dejaba a su paso sobre el
mundo, una estela de paz y bienandanza. Fue es-
pejo de señorío y ejemplo de belleza del alma. La
Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del
Rosario, se asocia profundamente al duelo de la
familia Murcia Pinilla. Y, en especial, hace llegar
esta señal de duelo al doctor Luis Euclides Mur-
cia, abogado y colegial de este Colegio Mayor
y su actual Secretario en la Facultad de Derecho.*

POESIAS

Por Antonio Gómez Restrepo

La Academia Colombiana de la Lengua, correspondiente de la Española, inició un homenaje, lleno de nobleza y de justicia, a su secretario perpetuo, don Antonio Gómez Restrepo, con la publicación en volumen de su obra poética.

Este homenaje tan lleno de oportunidad ha adquirido definidos contornos de plebiscito unánime de admiración alrededor de este varón esclarecido y meritorio, cuya vida es armónico modelo para muchas generaciones colombianas. Su cultura tan ordenada como vasta; su sentido crítico tan justo y generoso a la vez; la fina calidad de su inspiración poética y su sentido y voluntad de dedicar su vida exclusivamente al servicio de la inteligencia, han rodeado a su persona, no sólo en el país sino en toda la superficie del continente americano, de una extensa atmósfera de respeto y aquiescencia a su obra, llevada a cabo sin desfalle-

cimiento en un lapso mayor de cuarenta años, la que ha servido, a más de enriquecer la literatura patria, para la divulgación de nuestra cultura en el resto de las naciones de América y Europa.

No puede pasar indiferente para las juventudes literarias de Colombia este hecho que es trascendental, no solamente por la categoría ilustre del señor Gómez Restrepo sino también por la significación que entraña esta actitud en sí, ya que en los últimos tiempos no ha sido propicio el país a la exaltación de sus valores intelectuales, que ven desgonzarse su obra lentamente, entre el olvido y la indiferencia de los más y el ataque solapado o la envenenada insidia de los menos, émulos fracasados, cuyo resorte vital reside en el odio a todo triunfo limpio y acabado.

La poesía de don Antonio Gómez Restrepo se distingue, además de la justeza del verso y

de la elevada calidad de su retórica, por una continuada ternura cuyo desbordamiento se encauza dentro de la más admirable discreción, ennoblecida por los temas, exaltada por la sinceridad ferviente, modelada por los más altos sentimientos. Su arraigado cristianismo hace de él un poeta ortodoxo en la más amplia acepción de la palabra, no sólo moral sino formal; su ética de firmes basamentos le da a su obra poética, y en general a todos sus ensayos, un ambiente de elevación en el sentimiento, sin gatzmoñería pero también sin ningún desenfreno verbal o emotivo. Tal vez podría tacharse a sus poemas el que adolezcan un poco de conceptualismo y de un ligero tono declamatorio, los cuales son comunes a su época y que él logra sortear la mayoría de las veces felizmente. Es de suma importancia anotar a lo largo de todas sus poesías el probado amor a su tierra natal, la filial devoción a su casa, el fiel y desvelado afecto a su esposa y a los suyos. Todas estas características hacen de él un

poeta típicamente colombiano dentro de su generación, la cual se distinguió siempre por su acendrada religiosidad y su culto inequívoco y constante a la trilogía católica: Dios, Patria y Hogar, de la cual es él desvelado y devoto centinela.

Está dividido el libro a que venimos aludiendo en seis partes, si no cronológicamente ordenadas, al menos con la ordenación lógica que han querido darles los recopiladores y editores de la Academia. En esas seis partes está reunida la totalidad de su obra, de la cual se han exceptuado, con acierto creemos nosotros, composiciones ocasionales que nada pueden añadir a su valor y que, por el contrario, destruirían su armoniosa homogeneidad.

Omitimos deliberadamente el hablar del señor Gómez Restrepo como crítico, ensayista literario e internacionalista distinguido, pues solamente queremos exaltar hoy su labor como poeta, géneros éstos en los que alcanza igual o mayor magnitud a la apuntada.

¿QUE HACEMOS CON LA HISTORIA?

Por Germán Arciniegas

Germán Arciniegas solicita frecuentemente la atención de los vigías literarios con las señales luminosas de su inteligencia. Ahora Plinio Mendoza Neira —quien asumió una admirable tarea de difusión continental de nuestra literatura— acaba de publicar cinco ensayos recientes de Arciniegas con este título sutilmente humorístico: “¿Qué hacemos con la historia?”

Germán Arciniegas pertenece a la brillante generación colombiana de 1920. Hoy es sin disputa el más fino letrado de ese grupo, y disfruta de ancha nombradía continental. Trabajador ardiente y disciplinado en tierra de gentes improvisadoras y desordenadas, se ha construido con paciente fervor una personalidad de escritor honda, compleja y extraordinariamente sugestiva.

Tres libros suyos le definen como un apasionado buceador en la historia: “El estudiante de la mesa redonda”, “Los Comuneros” y “Jiménez de Quesada”. En el primero exalta en un idioma recorrido de fervor juvenil y tembloroso lirismo la perpetua misión espiritual del uni-

versitario. “Los Comuneros” de Arciniegas ha creado en torno suyo un vivo clima de polémica. Allí describe y analiza con luz de inteligencia y calor del corazón aquel doloroso y maravilloso episodio de la gesta americana. Allí, sobre la prosa flexible y esbelta, discurre un bien logrado acento épico. En el “Jiménez de Quesada” traza un friso palpitante del descubrimiento de Colombia.

Si bien Arciniegas edifica sus trabajos sobre un sólido cimiento de investigación, sobre un amplio territorio documental, en él la magia del estilo y la agudeza del análisis hacen desaparecer esa tosca materia prima. No es el helado acumulador de datos, el impávido erudito rodeado de fechas y fichas por todas partes. En sus labios la historia adquiere un tono humano, apasionado y fantástico, pues así fueron siempre la historia y los hombres.

Los cinco ensayos de Arciniegas que Mendoza Neira nos entrega limpiamente editados giran en torno a la peripecia portentosa del descubrimiento de América, que está allí lúcida-mente analizada por todos sus

costados. La mirada de Arciniegas es cada día más sagaz, atraviesa la apariencia de la crónica y alcanza las profundas esencias, las sigilosas razones que mueven la historia. Y su

prosa está en la cima de los dones que siempre tuvo: la finura, la gracia y ese leve venticillo de humor que se desliza entre las palabras.—E. C.

ORO DE LAMPARAS

Por Guiffermo Edmundo Chaves

Guillermo Edmundo Chaves ha publicado un hermoso y vigoroso libro de versos, "Oro de lámparas", que, por el admirable clima dorado de su emoción, por su sostenida maestría formal, por la depuración de su idioma, la limpidez de sus imágenes y el fervor nacional que lo conmueve, está llamado a ocupar un sitio alto y seguro en la joven poesía colombiana de 1940.

Debemos anotar, ante todo, la clara temperatura de alegría que como una atmósfera casi respirable se levanta sobre estos poemas de ritmo jubiloso, exultante, palpitante de cálida vitalidad. Porque este acento de júbilo, este insistente clamor levantado y abriéndose hacia clarísimos cielos anchurosos en donde reside la alegría,

resulta verdaderamente extraordinario en un país de cantores necrofilicos, en un país en donde las palabras poesía y melancolía han llegado a tener estrecho parentesco, a sugerir casi idénticas asociaciones. Por esto la poesía de Chaves, que adquiere con frecuencia un exaltado acento himnico, un ardiente vuelo de bandera, un vivo ritmo gimnástico, tiene en este pueblo sobre cuya frente llueve, pertinaz, la tristeza, un tonificante sentido nacionalista. En el libro que comentamos la palabra "alegría" vuela sobre casi todas las páginas como una alada campana alborozada. En estos días, precisamente, leíamos estas palabras de André Gide en "Nouvelles nouritures", que bien pudieran presidir este libro de Guillermo Ed-

mundo Chaves y servir de texto frecuente a la meditación de nuestros poetas y letrados: "Il m'a depuis longtemps paru que la joie était plus rare, plus difficile et plus belle que la tristesse. Et quand j'eus fait cette découverte, la plus importante sans doute qui se puisse faire durant cette vie, la joie devint pour moi non seulement (ce qu'elle était) un besoin naturel— mais bien encore une obligation morale. Il me parut que le meilleur et plus sûr moyen de répandre autour de soi le bonheur était d'en donner aussi-même l'image, et je résolus l'être heureux".

En la segunda estancia de su libro elogia Chaves en lenguaje traspasado de sol las faenas olímpicas del estadio y la firme gracia voladora de las campeonas. Una doncella juega al baloncesto:

"Súbito crece el día...
...La mañana está tensa
y henchida como un grito.
...Y el día azul se cae
como un júbilo ciego
dentro del aro de su voz
...Las muchachas bordan
vuelos de cristal".

La lanzadora de la jabalina tiene por un instante de cenital música humana,

"un pie sobre el espacio
en busca de una orilla
(melodiosa)".

La niña que danza,
"espejo de la música,
se desdobra en imágenes;
...es sólo el ritmo de una flor
(que crece
sobre el aire suspenso";
y la túnica la ciñe con
"silenciosa
vaguedad de llama".

Otra condición de Guillermo Edmundo Chaves es un fuerte, profundo y cristalino sentimiento de la naturaleza. Este poeta parece sentir que en su sér se incorporan el agua, el cielo, el fuego, la noche, el árbol, y que todas las criaturas elementales pugnan por expresarse en su voz.

"La luz bebí en el agua
que alcé en mi mano trémula,
y corrió todo el campo
por mi sangre serena".

Los versos de Chaves se desdibujan y pierden su frescura vivaz cuando el poeta se extraía en vaguedades conceptuales, en un simulado trascendentalismo. En cambio, se bañan de una hermosa autenticidad, de una veraz y temblorosa poesía cuando el poeta habla sen-

cillamente, cuando las palabras limpias de elaboración y de intenciones mentales parecen recobrar su primitivo sentido cristalino, su vibración original, su fragante vigor antiguo.

“El valle mío. El valle mío.
El valle mío es un jardín
nacido en la orilla de un canto.
...En él, las canciones se cruzan
como claras palabras familiares.
Y el día tiene ojos atónitos
llenos de cielos y trigales”.

En otra estancia de su libro canta el poeta las faenas y los hombres, los trabajos y los días de su comarca natal. Les canta en romance personalísimo, en el cual se halla totalmente ausente el pegajoso dejo garcilarquiano. Y su romance tiene un maravilloso olor a patria colombiana. Canta la danza mestiza y la copla sobre la cual camina la raza, y la mulata a quien la guitarra “le ciñe levemente la cadera”. Y a los caucheros que “van ordeñando los árboles en el hato de la selva”. Y al café que será “breve remanso de umbría que en la por-

celana sueña”. Y a las bateadoras de oro a la orilla “del río azul como la música que desciende por el cauce de un romance”. Y a los volcanes del sur y a los ríos del sur que el Día Viejo llama a lista por la tarde. Y los pueblos sentados en la puerta del paisaje.

“pueblecitos humildes,
pueblecitos descalzos
que bajaban a misa
en los domingos claros”.

“Oro de lámparas”, libro lleno de fresco vigor pictórico, de sabiduría del corazón, de asombro y de ternura, de patria y de sueño, hubiera ganado en limpia y cabal belleza si se excluyen de su discurso algunos poemas que, como el titulado “Beethoven”, le restan auténtica calidad poética.

Lleva el libro de Guillermo Edmundo Chaves unas bellísimas ilustraciones de Sergio Trujillo, colmadas de gracia y de magia y que parecen, ora incorporarse al texto sigilosamente, ora prolongarlo en su trémula línea también de poesía.

E. C.

EL SIGLO XVIII EN COLOMBIA

Por Jorge Rodríguez Páramo

Fragmento de un libro más caudaloso —“Vida y pasión de las ciencias y las ideas en Colombia”—, Jorge Rodríguez Páramo nos anticipa este viaje, sintético y minucioso al mismo tiempo, por las comarcas exploradas en gran parte todavía, de nuestro siglo XVIII. Rodríguez Páramo no viaja a través de los parajes históricos que le son predilectos como un turista ligero de equipaje, sino un poco a la manera de viajar que tenía Montaigne: deteniéndose largamente en las cosas, perforando su delgada y mohosa superficie para buscar dentro la pulpa fresca y virginal de su sentido, proponiéndose a cada paso un problema. Y es que tampoco podría transitarse de otra manera por los abruptos caminales del siglo XVIII colombiano —y americano—, no allanados suficientemente como para que por ellos pueda desplegarse el historiógrafo sobre una mecánica rauda, arrebatado por el torbellino seductor de las lejanías históricas.

La primera sugestión que emerge de las páginas de este pequeño libro, nos obliga a formularnos la pregunta de por

qué este siglo XVIII colombiano —y americano—, es tan diverso del europeo. No se advierte entre ellos ningún nexo o semejanza que los aproxime substancialmente, prueba de la escasa capacidad civilizadora del conquistador español. Acaso también porque en España este siglo reviste características totalmente distintas a las que tuvo en el resto de Europa, como, en lo general, toda la historia de la Península es una variante de la historia europea. Pero el problema es demasiado extenso y complejo para tratarlo en una modesta noticia bibliográfica y sólo consignamos aquí su impresión primaria y más superficial.

Rodríguez Páramo tiene la pasión por el dato y por el documento. No obstante, no se queda en esta zona elemental de la historia, como es la inveterada costumbre de la mayoría de nuestros historiadores. Se adentra en un agudo esfuerzo interpretativo, traspasando la frontera de la datología, reconstruye ambientes con la pericia de un pintor que, más que reproducir, adivina con sus pinceles las figuras borradas de un lien-

zo y vuelve a dotarlas con la existencia del color y la línea.

El estilo es barroco, a trechos congestionado de expresiones verbales que se repiten con una monótona, insistencia; pero bajo ello se advierte que Rodríguez Páramo es un escritor de gran calidad. Su prosa es rica en sugerencias y en esas imágenes indirectas —me refiero a aquellas que no necesitan del **como** ni del **cual** para su plasticidad objetiva—, sino a esas otras que el lector se representa a medida que su ojo se va deslizando por las páginas de un libro.

Parece que el ensayo histórico principia a tener devotos en Colombia. Hay una vasta riqueza inédita por explotar, paisajes superpuestos en que no se ha posado la pupila del historiador y que apenas sí han sido arañados por la crónica. ¿Se han descubierto las leyes constantes de nuestra historia? ¿Cuáles son

los principios que la han regido hasta aquí? Existe, acumulada en gruesos volúmenes, la materia prima del dato. Pero el dato, por sí sólo, no expresa nada: es apenas un índice a la orilla del camino señalando hacia la perspectiva en donde radica el verdadero sentido histórico. A menudo la totalidad de nuestros historiadores han encallado en el arrecife del hecho, del documento, sin atreverse en las aguas más profundas de la historia colombiana, para bucear sus fondos y sus secretos paisajes submarinos.

De ahí que señalemos con esperanzada complacencia la aparición de este ensayo de Jorge Rodríguez Páramo, editado por Plinio Mendoza Neira en Costa Rica, y que, como ya se dijo, forma parte de una obra de más dilatadas proyecciones.

T. V. O.